

Con la boca abierta

Adriana Francia



Image not found.

Capítulo 1

Con la boca abierta

Mi prima Silvia y yo, ambas hijas únicas, vivíamos en la misma casa chorizo, sobre la calle Inclán, entre Deán Funes y Esteban De Luca. Ella en el departamento de adelante y yo en el del fondo. En el medio un gran patio, donde teníamos prohibido jugar, con otras habitaciones donde vivía la familia de mi tío. Silvia, dos años menor, me seguía a sol y a sombra. Íbamos a la misma escuela de monjas. a la misma profesora de inglés, y tomábamos las mismas clases de piano con la señora Elena, esposa del almacenero de la esquina de Inclán y Deán Funes, que nos recibía en el primer piso de su casa.

Isabel, hija de la señora Elena, una pelirroja que vivía mirándose al espejo, era a su vez dos años mayor que yo. Como había hecho el primario en el Bernasconi, con Juancito y El Negro, los chicos más lindos de la cuadra, (y del mundo pensábamos con Silvia), y ahora iba al secundario, tenía permiso para jugar en la vereda y andar en bicicleta con ellos.

Los domingos venía de visita la tía de Silvia con sus tres hijos, únicos varones con los que teníamos permitido jugar. Por lo general Silvia era la maestra. Se ponía un pañuelo en la cabeza, porque quería ser monja cuando fuera grande, nos hacía formar fila y rezar antes del comienzo de la clase. Cuando nos hartábamos, los primos se iban a jugar a la pelota y nosotras al té de la tarde con el jueguito de porcelana. Isabel nunca participó en esos juegos. Yo me la cruzaba cuando terminaba mi clase de piano y ella me contaba cómo era ser grande y cómo con Juancito y El Negro jugaban a la mamá y al papá y que la hermanita de Juancito que tenía tres años hacía de hija. Una tarde me contó que El Negro le había dado un beso en la boca. Yo me puse colorada y ella se rió y me dijo si era tonta o qué.

A la noche mientras mirábamos "El amor tiene cara de mujer", me imaginaba que El Negro y yo éramos los protagonistas y él la dejaba a Isabel y me elegía a mí.

El domingo de Pascuas, Daniel, el mayor de los primos de Silvia, nos propuso jugar a la familia y que él y yo, los mayores, fuéramos los padres y los demás los hijos. A Silvia no le gustó nada y preguntó ¿Qué gracia tiene jugar a ser hija? Pero Daniel la convenció, diciéndole que éramos padres modernos y la íbamos a dejar hacer un montón de cosas. Entonces, me tomó de la mano y me dijo que mientras los chicos pasaban el rato, nosotros nos dábamos besos. Me quedé paralizada. Ni siquiera sabía si quería o no. Me puso contra la pared y me dio un beso en los labios. Yo cerré los ojos y no dije nada. Me salvó Silvia que, con el

pañuelo en la cabeza, venía con una regla en la mano chillando que era la maestra y teníamos que volver al aula.

El martes después de la clase de piano le conté a Isabel lo del beso, ella soltó una carcajada y me dijo: ¡Los besos se dan con la boca abierta!

El cumpleaños de Juancito, un sábado de fines de noviembre, hacía una fiesta en la casa con los compañeros del colegio y le había pedido a Isabel que llevara a algunas amigas. Ella me invitó. El corazón me latía a mil de la emoción. Ni bien llegó mi mamá del trabajo le pedí permiso. "No sé, tengo que pensarlo". Insistí, rogué, prometí hacer la cama todos los días hasta que conseguí que hablara con la mamá de Juancito para quedarse tranquila. Silvia estaba enojadísima porque no la habían invitado. ¡Te vas aburrir y ojalá la pases mal!, me gritó.

La semana se hizo eterna. Mi tía me regaló un vestido que estrené para ir a la fiesta y me peinó con el pelo recogido adelante y suelto atrás. Crucé la calle y cuando se abrió la puerta del departamento, descubrí un nuevo mundo. Isabel estaba hermosa con sus ojos celestes delineados y el cabello rojo que le caía por la espalda. Conversaba con otras chicas mayores que yo, que también tenían los labios y las uñas pintadas. Me miraron de arriba abajo y las caras gritaron: Ésta no es competencia.

Saludé a Juancito, le di el regalo y me llevó al comedor a buscar un vaso de Coca Cola. Me asomé al patio y me quedé mirando cómo las otras sonreían, cuchicheaban y se arreglaban el pelo. El Negro, Juancito y los amigos, que dudaban entre ir a la terraza a jugar a la pelota o quedarse a bailar, pusieron en el Winco un long play de los Beatles a todo volumen. Se armaron varias parejas. El resto nos quedamos mirando. El Negro, se acercó a Isabel ¡y nunca más la soltó! Las que no bailábamos éramos tres: una gordita, una dientuda y yo. Nos refugiamos cerca de la mesa. Ellas conversaban y se reían, pensé que de nervios, porque no había nada gracioso en quedarse mirando como los demás se divertían. La gordita no paraba con los sándwiches, buscaba en los platos los de jamón y huevo, hasta fue y le pidió a la mamá de Juancito. A la otra, esa semana le habían colocado los aparatos y no podía ni probar bocado. A mi se me había cerrado el estómago, igual que cuando tenía prueba de matemáticas. Solo miraba y me moría de vergüenza, como en el último carnaval que me habían disfrazado de española y me hicieron desfilarse en el palco montado a mitad de cuadra.

Al cabo de un par de horas le dije a la mamá de Juancito que me dolía la panza y quería irme a casa. Llamé por teléfono a mi mamá que enseguida vino a buscarme. Mi tía me estaba esperando para que le contara cómo había sido mi primera fiesta. Ni bien me preguntó me largué a llorar.

Lo pasé muy mal, las otras chicas son unas brujas y los varones unos idiotas. Isabel y El Negro no se separaron en ningún momento y seguro se

dieron un beso con la boca abierta. No quiero volver a verlos nunca más en mi vida. Me voy a quedar con Silvia y cuando sea grande, también me voy a hacer monja

Mi tía me abrazó y le habló a mi mamá en jeringozo, lo que hacían siempre cuando no querían que los chicos supieran de qué estaban hablando y que a mí me reventaba. Esa noche peor. Entonces, mi mamá también me abrazó. Me llevaron a Saverio, la mejor heladería de Parque Patricios y me compraron un cucurucho de crema rusa y chocolate, mientras me aseguraban que todavía era chica para dar besos con la boca abierta y que cuando tuviera edad iba a conocer a alguien mejor que El Negro.

Mientras lamía el helado pensé que tal vez tuvieran razón. Estaba más contenta con mi cucurucho que en esa fiesta tonta. A lo mejor no me haría monja como Silvia y dentro de unos años conocería un chico mejor que El Negro. Aunque más lindo seguro que no, porque él y Juancito eran los chicos más lindos del mundo.